

CENTRO DE DOCUMENTACIÓN CIDAP

Fuente: Diario El Mercurio

Fecha: martes 19 de enero de 2016

Página: 4 B

Año: 91

Edición: 34.609

Descriptor: TEJIDO FIBRAS NATURALES, TEJIDO DE ESTERAS,
ARTESANÍAS EN TOTORA

Los secretos ancestrales de cortar la totora y tejer esteras

María Feicán vive en Paccha, parroquia rural de Cuenca, tierra de tejedores de esteras. Ellos conservan técnicas ancestrales de tejido.



Las manos de María dan forma a la estera y con pequeños golpes de una piedra, consolida el tejido.

En el patio de la casa de María Feicán reposan dos atados de totora. Las hebras alargadas de fibra natural, que superan los dos metros de largo y tienen flores secas en las puntas, están frescas y tienen un nivel de humedad apto, para que no se quiebren y sean útiles a la hora de tejer las esteras.

La totora permanece bajo el techo y en sombra. La tejedora no puede descuidar el tratamiento de la materia prima, si desea lograr un producto de buena calidad, asegurar la inversión de su dinero y garantizar que con esa totora tejerá una gran estera que la venderá en cinco dólares, o dos pequeñas a tres dólares cada una.

María Feicán vive en Paccha, parroquia rural ubicada a 11 kilómetros de Cuenca. Ella junto a la dinastía de los Tello son de las tejedoras tradicionales de esteras, una tarea en la que más intervienen mujeres. Para llegar a su casa hay que tomar el único bus a Paccha, que circula por una vía de tierra, cobra 30 centavos hasta el sector de La Dolorosa, el barrio donde se ubica la vivienda de María y otros tejedores.

Es común ver en las paredes traseras de las viviendas los atados de totora reposando, o también colocados en pequeños galpones hechos para ello. Otra imagen frecuente es la totora que, en algunos casos, se ubicó en casas elegantemente diseñadas y construídas, pero deshabitadas. En estas construcciones, los atados son parte del cielo raso o están sombreándose en los balcones.

“El sitio donde los habitantes en mayor número tejen las esteras es Guaguazhumi”, un anejo de Paccha, dice una de las trabajadoras del GAD Parroquial. En el sector hay más de 20 tejedores, que todos los jueves sacan las esteras enrolladas para venderlas a los negociantes en los puestos de la Plaza Rotary, allá en el sector de la Nueve de Octubre, en Cuenca. “El bus va llenito de esteras”, cuenta.

María vive en Paccha, cerquita de La Dolorosa. Tiene 60 años de edad y 50 años en el oficio de tejedora de totora. Su trabajo es una especie de legado, de herencia. Su abuela tejía esteras, su madre Zoila Feicán también, por ende María no escatimó esfuerzo en aprender y enseñar a su hija, que es una generación más que teje no solo esteras, sino artesanías diversas como llamas, sopladores y otras figuras que llaman la atención de los consumidores.

El tejer las esteras es una tarea que se combina con otras actividades domésticas y agrícolas. En un día María teje una estera grande por la que le pagan cinco dólares, pero también atiende a sus animales. Una gallina de campo con diez pollitos pequeñitos rondan el patio pidiendo comida; también tiene cuyes, perros y animales domésticos a los cuales atiende, pues son su inversión para vivir.

Cortar la totora

Hacer una estera no es solo el tejer, empieza por el negociar la totora con quienes se dedican a cuidar los totorales, en las lagunas de El Valle, Sinincay y otros lugares. María también saca la totora del sector de “Viola”, una pequeña laguna ubicada en Paccha. Ese trabajo es acuoso, porque la totora es una planta de la humedad que requiere cuidados.

A la laguna se entra con grandes botas de caucho y no es una tarea de una sola persona, para cortar 60 metros cuadrados de plantación se necesitan de cuatro a cinco personas. Hay que fijarse en los días para cosechar, especialmente que la luna no influya. “Cuando llega el día quinto de luna, se la ve bien arriba, ahí es cuando se debe cortar, no es de cortar en cualquier día, se dice que la totora se daña y no crece bonito”, afirma la Tejedora.

Esta labor tiene su riesgo, hay lagunas tan hondas que muchas veces el agua les llega más arriba de la cintura. Entrar sin zapatos o con calzado inapropiado afecta los pies, el agua del totoral es sucia, señala María. Cortar, acarrear donde no haya agua, hacer un banco, parejar todos los tallos para formar los atados, son tareas indispensables antes de trasladarlos a su destino.

La totora a veces llega sucia, en la base tiene una especie de maleza u hojas que dañan los tallos y cuando se la toma para tejer ensucia y endurece las manos.

Tejer las esteras

Con un cuchillo fino, María corta las puntas de cada hebra de totora. Lo primero a quitar son las flores secas. Dependiendo del tamaño de estera que vaya a tejer, grande, pequeña o diminuta, se cortan las hebras, todas tienen la misma dimensión, ya sea para el largo o para el ancho.

Una vez que tiene las hebras definidas, las coloca de manera vertical sobre el piso de madera, primero ubica cuatro hebras, luego de manera transversal coloca las demás, así va añadiendo una a una hasta lograr el producto.

Para que la estera quede plana y lisa, María coge una piedra de río tan redonda como una esfera y golpea cada punto tejido. Sus dedos son tan prolijos, que entrelazar las hebras horizontales y verticales es cuestión de segundos, al igual que golpear cada unión con esa piedra.

Tejer no requiere de muchas herramientas, el cuchillo y la piedra son indispensables. Eso sí la tejedora lo hace de rodillas, hincada sobre un tablado de madera.

Es de ver como poco a poco y con cada puntada, por decir así, el tapiz toma forma, hasta quedar completamente liso. Para que la totora no se quiebre por la acción del

golpe que recibe con la piedra, tiene que estar húmedo. Los golpes no son cuestión de fuerza que maltrate la fibra, son golpes suaves que le dan consistencia al tejido.

Una vez que la estera ha terminado en el tejido, viene el remate. Las uniones de las puntas tienen tal precisión y dureza que no permite deshacerse. Aquí el golpe con la piedra redonda tampoco desaparece, es un paso de rigor para lograr firmeza.

Las rodillas, espalda, cuello y manos son las partes del cuerpo que hacen un gran esfuerzo, mientras la tejedora cumple con la tarea. Por ello atender animales domésticos o distribuir la leche dentro del proyecto que tiene la Prefectura, son actividades que hacen de la vida de María una situación más soportable, dentro de su tarea de tejedora.

El tamaño de las alfombras de fibra vegetal van desde 1.20 metros, 1.50 metros, hay otras más delgadas que tienen un metro de ancho por 1,20 metros de largo. Las esteras se hacen dependiendo también del tamaño de las camas, porque se ubican debajo de los colchones, entonces hay grandes para una plaza y media y pequeñas para camas de menor tamaño. Si no se usan en estos fines, se las utilizará para secar el maíz, o para extender la pampa mesa. Sobre una estera se pondrá un mantel y luego la comida.

Conocimiento ancestral

Para María cortar y tejer la totora, es una herencia de los ancestros. Cuando niña, su madre Zoila la llevaba a cortar la planta y le invitaba a ayudar para obtener la “chala”, que era el obsequio de tres atados de totora por ser comedida. La chala era una costumbre que se mantenía entre indígenas, como reconocimiento a la ayuda.

Con esos atados, siguiendo las instrucciones de quienes sabían, su abuela especialmente, hacía una estera grande y la vendía; era una niña de 11 años aún, pero empezó a obtener rédito de este conocimiento.

La mujer es feliz tejiendo esteras y dando formas a alegorías de animales que representan a las llamas. Ella recorre el total, corta la totora, hace los atados, conserva los saberes ancestrales para tratar la fibra y ejecutar el tejido.